

Reseñas

Carlos Enrique Berbeglia, *Razón, persistencia, racionalidad. Algunos constituyentes del saber humano*, Buenos Aires: Ed. Biblos, 2005. 191 pp.

Qué implica un libro sobre filosofía, sin ser una historia de la misma, en un período como el actual, signado por la vertiginosidad y no por el pensamiento lento, “perezoso”, es una pregunta que se nutre a sí misma de un doble valor frente al centenar de páginas que nos ofrece a leer Carlos Enrique Berbeglia en su nueva publicación: *Razón, persistencia, racionalidad. Algunos constituyentes del saber humano*. Uno de estos valores puede capitalizarse cuando se realiza el recorrido a través del generoso entramado de ideas, finamente elaboradas, donde los dilemas humanos se exhiben para ser seccionados por un escarpelo firme y delicado, con el propósito de ponerlos a plena luz, y librarlos de los velos que pretenden opacarlos bajo la premisa de lo inmediato. El otro valor, al calor del primero, lo constituye un estilo casi aforístico utilizado por el autor, que pareciera tratar directamente con arquetipos ancestrales siempre, y paradójicamente, presentes.

Ahora bien, ante la presencia de esos arquetipos ancestrales -la conciencia de finitud, el sentido de la existencia, la muerte, la libertad- el hombre, según Berbeglia, buscó reposo en lo trascendental, en la inmensidad imposible de abarcar. En tanto, frente a lo inminente de aquellas presencias, otra de las respuestas fue la construcción de marcos teóricos que producían algún sosiego y calmaban, casi tanto como las contestaciones religiosas, su enigmática y desesperada situación en el mundo. Sin embargo, en el libro que estamos transitando, dichos arquetipos son abordados sin la pretensión de ser ubicados en el pedestal previamente reservado para las verdades últimas o eternas. Tal motivo queda transparentado en la siguiente afirmación: “verdades hay múltiples, objetivas y perfectas, libertades también, la de cada uno de nosotros, no nos dejemos encandilar, entonces, por ningún brillo, pues, al enceguecernos, cualquiera de estas (supuestas) verdades podrían disponer de nosotros a su antojo”. De este modo, la verdad objetiva y perfecta se opondrá a la libertad, situándose ésta en un registro diferente y privilegiado. El respeto del autor,

queda perfectamente expresado, es ante la libertad, y no ante las sombrías fabricaciones sistemáticas capaces de producir estériles enfrentamientos debido al carácter dogmático presentado por sus manifestaciones.

Por otro lado, si nos preguntásemos: ¿por qué consideraríamos a este libro, un libro de filosofía?, contestaríamos: porque es un libro político. Y lo es, en tanto hay un claro compromiso epocal manifestado por medio de una escritura que desafía y se convierte en una crítica aguda del presente, con el fin de evitar caer en la complicidad impuesta por el estilo seductor de la economía de mercado. Cuando nos referimos al plano político, en el cual, creemos, está inmerso el discurso de Berbeglia, no hacemos más que sumirnos en la nostalgia que nos despiertan los grandes pensadores como Platón, Aristóteles, o cualquier filósofo cuya inclinación haya sido pensar su tiempo y trasladarlo al terreno escritural. No estamos comparando “cabezas” pensantes, ni los contenidos con los que cada uno de los más conspicuos filósofos haya echado una mirada a su tiempo; otra es la cuestión que nos permite recibir este libro con placer, y es la apuesta a retomar el discurso filosófico-político del que estuvieron impregnados los mejores intelectuales de cada período histórico. Insistimos en la importancia de este asunto porque denota - sin cercenar otras discursividades- la necesidad y la urgencia, por parte de la reflexión filosófica, de volver a tomar la postura crítica que la animó, como también la energía que habitó en ella para producir la ineludible ruptura con los dioses - nuestros primeros amos - que desde cielos intemporales digitaron los destinos de los hombres. Comenta Berbeglia: “Gracias al ejercicio crítico del entendimiento se origina la filosofía, y no sólo ella, cualquier tipo de expresión que ponga en duda lo acrisolado; siempre y cuando lo efectúe con un sistema sólido de ideas permite el crecimiento, coloca un hito en el itinerario *que hasta puede llegar a ser un nuevo punto de partida*. [...] El pensamiento filosófico representa una actitud ante la existencia, una actitud *no pasiva* que revela una predisposición psicológica inicial similar, en donde la independencia de criterio prima sobre lo demás”. Seguramente, comprender la *praxis* del filosofar bajo esta lupa pareciera no acarrear ninguna novedad, sin embargo, cuidado, lo meritorio en nuestro tiempo, estigmatizado por la avidez de novedades, es la recurrencia a expresiones que han revalorizado el quehacer filosófico de quienes, impregnados por su “independencia de criterio”, han sabido llevar adelante la tarea que promueve la actividad intelectual, a pesar, muchas veces, de ser salpicados

por la soledad, por el menosprecio. Igualmente, siguieron adelante guiados por la independencia de la que habláramos y por un anhelado “flamante” punto de partida. Ejemplos sobran: Sócrates, Nietzsche, Kierkegaard, por mencionar solamente algunos de los tantos pensadores que se rebelaron ante las mentiras que, por reiteradas, se transformaban en verdades inapelables.

Desandar el texto implica participar de una actitud carente de pasividad. Asimismo, el trazo firme en determinadas problemáticas irradia un pensamiento que, en principio, se sustenta en un sólido manejo de dichos conflictos, y, segundo, no cabe duda que esa actitud irredenta pretende recuperar un espacio de autonomía y de poder, entablando un serio y fecundo *agonismo* contra aquella palabra que repite lo mismo, debido a que llena el estéril anhelo de protagonismo generado y auspiciado por otros registros semánticos, llámese a éstos publicidad, programas televisivos, arengas político-partidarias, etc.

De este modo, el libro encarna una tarea: enfrentar abiertamente a la mismidad de los mensajes citados con otro tipo de discursividad, con un contramensaje transparente, entendible, claro, pero con una profundidad y crudeza que son trozos de sal sobre las heridas abiertas de esos portavoces de la mismidad. Más aún, la labor emprendida parece, en momentos, producir en el autor cierta incertidumbre, una vacilación que atraviesa su espíritu zahorí. Es ello lo que lo convierte en un filósofo. Nada da por sentado. Vibra en cada frase, duda, titubea. Sin embargo, con su escritura camina entre las vacilaciones, las recoge y las desafía convocando a un nuevo acontecimiento, que tiene como deseo primero: promover a la acción humana.

Por otro lado, frente al cuestionamiento acerca de si es sensato o no, en esta doblez de la historia, manifestarse en favor de una abierta apología del pensamiento crítico y autónomo, escribe: “La respuesta resulta afirmativa, porque alguna vez la variabilidad debería dar lugar a un ser realmente nuevo que instale un mundo *efectivamente distinto* al que nos habituamos. Esa debería ser siempre la misión de la filosofía”. Anteriormente mencionamos el discurso político-filosófico que sellaba estas páginas; lo expuesto, además de corroborarlo, nos impele a retrotraernos a aquella apología socrática que plasmara Platón ante la muerte inminente de su maestro Sócrates. Allí también se hablaba de la “misión de la filosofía”, allí también se respiraba un ambiente de confusión. El mismo Platón invitaba, recostado en los acontecimientos acaecidos en su contemporaneidad, a reflexionar acerca de la

filosofía como una práctica capaz de situarse en medio de los problemas, ser la conciencia crítica de ellos y expresarse con el fin de buscar algún tipo de alternativa que revierta en un cambio. Así tenemos al Platón político, que indaga en lo metafísico para fundamentar las acciones llevadas a cabo dentro de la *polis*. Vemos, de este modo, que la filosofía estuvo ligada desde sus inicios a la discusión ética y política. Por qué, entonces, abandonar dicha discusión, por qué no retomarla de una vez. Las líneas escritas a lo largo de este libro claman por ese retorno. Este llamado a la discusión política, para quienes se nutren y deambulan por los espacios filosóficos, seguramente, les generará una experiencia satisfactoria. Asimismo, esos dos soportes -lo ético y lo político- son indispensables para acompañar y sostener aquello que la filosofía no ha abandonado desde sus comienzos: su aspecto pedagógico. Sin embargo, éste, aunque no aparezca en forma explícita en *Razón, persistencia, racionalidad*, podría señalarse en varios tramos del mismo. Cabe aclarar que dicha pedagogía difiere y se sitúa a una prudente distancia de la aceptada por tradición. Es decir, habría que ensayar otra forma de relación entre docentes y alumnos, la cual debería circular por senderos que permitan una especulación liberada de los atavismos y coacciones que suelen construir la "industria" cultural. La filosofía, no más que otras manifestaciones, posibilitaría el desprendimiento que convierte a los sujetos en seres autónomos e independientes. La *paideia* no se centraría en inculcar conocimientos, sino en un aprehender los mismos por medio de un razonar interactuante que haga posible crear y recrear el mundo, evitando las reproducciones innecesarias que van en desmedro de nuestra emancipación. Dentro de este orden de cosas, dice Berbeglia: "El pensamiento propio es la única instancia que nos permite dirimir entre aquellas actitudes que dependen de nuestra autonomía conceptual frente a las que se desprenden del mero acatamiento a las imposiciones socio-culturales del medio".

A raíz de esta aguda observación, en la cual invoca al pensamiento propio como el portavoz capaz de discernir ante el embate externo del medio ambiente en el que culturalmente vamos desarrollándonos, es necesario ligar otro de los asuntos predilectos del autor; se trata del tema religioso, y con mayor precisión, lo que concierne al cristianismo. "En esta pugna por dominar las conciencias humanas, las religiones, en el contexto general de las culturas, siempre gozaron de preeminencia". Esta aseveración sobre el tema esbozado asoma en su escritura no como un capricho dictado por lo

que está en boga, tampoco se presenta sobre la base de un discurso liviano desligado de nexos que lo involucren en el devenir de las sociedades, en principio europeas. Las religiones en general serán llevadas a la mesa de disecciones para ser analizadas, con el propósito de integrarlas a los procesos más sobresalientes ocurridos en el transcurso de la historia de occidente. Ciertas creencias tuvieron, sin duda, una influencia incuestionable en dichos procesos, ya que, transformadas en mensajeras de una "Verdad" que aparecía como única y eterna, supieron "eternizar" al hombre, prometiéndole una vida mejor después de ésta. Además de los mencionados, otros factores hicieron de la religión, y del credo cristiano fundamentalmente, una de las prácticas que mayor aporte realizaron en la configuración de un tipo de hombre y un tipo de sociedad a la medida de un dogma y de una moral que llegó para quedarse. "Y, si bien las colonias comenzaron a emanciparse desde los inicios del siglo XIX arrojando a los invasores por la fuerza de las armas, no hicieron lo mismo con una religión ecuménica, la cristiana, la cual, junto con las espadas, las manufacturas y los libros también arribó a las tierras extraeuropeas para expulsar de allí las religiones autóctonas, que ellos denominaban paganas, para instalarse entre esa gente extraña y salvar sus almas del pecado".

Más aún, la cristiandad ha puesto todo su empeño en salvar las almas de los extraviados e imponer la doctrina de su evangelio. Por eso, cuando al espíritu de su prédica se le presentaban "competidores" o discursos que contravenían lo manifestado por él, intentaba, por cualquier medio, convertir esas manifestaciones adversas en expresiones diabólicas o en emanaciones surgidas de la lengua de fuego del mismo Satán. De esta manera, la pareja conformada por religión y verdad se tornó inseparable a la hora de controlar los cuerpos y las almas de las personas. Así, las religiones, poseedoras de esas verdades últimas y de la promesa de un bienestar eterno en las delicias del paraíso, fueron acompañando el devenir histórico, entrometiéndose y acrecentando la ignorancia y la esclavitud, para "olvidarse", repetidas veces, del crecimiento humano y social, los cuales, para el autor, radican en ganar espacios de plena libertad individual. Comenta al respecto: "Desde una apreciación religiosa la experiencia de la libertad es menor que la que se desprende de la experiencia de la verdad. De la experiencia de la verdad emana, casi de manera automática, la libertad, que no es prioritaria entre los afectos de los hombres, sino una libertad relativa a la patencia de la verdad

que siempre les exigirá (ella y no la libertad), una manera de actuar. Será una acción *por añadidura* derivada del acatamiento a lo que la verdad expresa con indudable precisión". Según esta afirmación, actuar en función de la verdad y no de lo que nos dicta la libertad parece un acto de acomodamiento; peor aún, de obediencia a una verdad cuyo mayor mérito es su aspecto de indestructibilidad. A este aspecto, puesto permanentemente en duda por el autor, se le suma que el conocimiento de dicha verdad, presentada como perenne, es desenmascarado como una de las características principales que le dan pábulo para el sometimiento y el ejercicio de la dominación. Escribe Berbeglia: "El conocimiento, asociado con el poder, siempre es dictamen certero de verdad; en la Edad Media europea bajo la égida de la Iglesia Católica o en el mundo contemporáneo por la Globalización que percuere los últimos decenios. La verdad monolítica discierne claramente del error, *aunque sea en sí misma el error*, pues, aunque sea en sí misma el error ¿qué voz se alza para desmentirla salvo la de los necios".

Esto nos señala, y conduce al escritor al tema del control social, enlazado, sin ninguna duda, a la "Verdad" y al poder. Dijimos anteriormente que este libro se transformaba en una fuente filosófica porque encarrilaba su discurso en la línea de lo ético-político. Aristóteles definió al hombre como un *zoon politikon*, un animal político. Ahora bien, independientemente de si dicha aseveración aristotélica es verdadera o falsa, lo cierto es que el hombre pugna asiduamente por vivir armónicamente con lo demás, aunque los resultados a simple vista sean nefastos. Es en este intersticio donde el libro cobra las dimensiones de un estilo incisivo, crítico y cuestionador. Por medio de este lenguaje, aquellos individuos que realmente palpitan dentro suyo el calor de la filosofía o permanecen atentos al eco que producen las voces de sus antepasados, enfrentarán los cantos de sirena que una parte de la sociedad acoge, no sabemos si con gusto o resignada. Tampoco podemos determinar si el temor que genera el riesgo le hace venerar a la impúdica tradición. El autor, por su parte, asevera que la verdad impuesta y que acatamos sin poner en práctica la autonomía de nuestro pensamiento, no sirve. Es interesante enfatizar en la predisposición de algunos hombres que apuestan al trabajo de pensar e intentan recoger en la escritura acontecimientos, con el plan de examinarlos, retirados de las exigencias y embustes que hay detrás de los mensajes. Una de estas mentiras, sospechamos, es su peculiar función seductora, la cual se amplía en una gigantesca red de consumo, y atrapa,

como a peces, a los desprevenidos, y a aquellos que pueden obtener un beneficio individual, motivo por el cual aceptan fascinados esos mensajes y se hacen apologeticos portavoces de la estructura vigente, amparándose en un sistema de habladurías débil y obsecuente. Tal razón, y otras tantas, inclinan al autor a reconocer que el papel de la filosofía fue “desaletargar las conciencias”. Es decir, posibilitar a los hombres la flexibilidad y amplitud del pensamiento, a partir de situarse en otras perspectivas que lo conduzcan a escrutar la realidad diferentemente. Tal fue el caso de Tales de Mileto, sin su cambio en la percepción ante la riqueza natural que lo rodeaba, el mito, como otro tipo de lógica, seguiría siendo nuestra fuente de información más fidedigna. En otro tono, podríamos agregar que la reflexión filosófica carecería de cometido sin este constante revisar la realidad de su tiempo, sin esta persistencia que la reviste y le impone, por su propia trama interna, buscar en los términos, en las proposiciones, en la retórica, en lo aparentemente ingenuo, esa forma del engaño que penetra por los canales autoritarios cristalizándose en una densa y compacta historia oficial, que termina enraiciando el aire del presente y viciando el del futuro como terreno admisible de emancipación. En relación a esta fuerza de los discursos, productores de simulación, es notoria la forma en cómo, con ciertos conceptos, se trata de metamorfosear una realidad social injusta y desapareja, en una panacea que desnuda, a la luz de la meditación profunda, una ética y una estética ordinaria y repetitiva. A raíz de este comentario, leemos en el texto lo que sigue: “Esta globalización que parece haberse descubierto en los últimos decenios tiene, sin embargo, larga data y cabría remontar sus orígenes a los tiempos de la expansión colonial europea. Fue facilitada, entre otros factores, por la Revolución Industrial, que permitió al comercio europeo colocar los productos manufacturados en los territorios cuyas materias primas expoliara previamente”.

En fin, es fácil observar que aunque el libro se extienda a una variedad de temas, ello prescinde de ser una retahíla de problemáticas sin concierto, mucho menos una somera descripción general de conflictos desconectados entre sí. En cambio, la riqueza que subyace en esa extensión temática es el minucioso examen realizado a los mayores dilemas que comprometen al hombre consigo mismo y con la sociedad a la que pertenece.

El libro es, a su vez, mordaz, en el sentido que provoca a la convención huera, e incita a soltarnos y huir de las ataduras que encorsetan la libertad,

llámese a éstas ataduras: religión, semántica de moda, filosofía o cualquier otra sabiduría que tropiece con la vanidad de erigirse en dogma. Asimismo, el autor recrudece el temario del que la filosofía ha hecho su “pan” habitual, denunciándola por haber proyectado, muchas veces, estructuras atávicas. Al respecto, Berbeglia enuncia: “alertó hasta el cansancio sobre los espejismos del mundo y se convirtió ella también en apariencia vana”.

Por último, la ética, la política, la estética, la antropología, asisten y se entremezclan en esta verdadera “gimnasia” filosófica, donde lo realmente significativo está aconteciendo en el aspecto *agónico* del pensar. En él fluyen ideas que comienzan a ramificarse, generando respuestas que no tienen como cenit el par binario: verdadero/falso. El rumbo que toma el escritor parece desestimar dicho par; el desafío expresado en cada argumentación realza otros modos de especulación; lo importante pasará por su dinámica interna. Es decir, de cómo las representaciones buscan clarificarse por medio de un buceo intelectual que evita la desazón y el pesimismo, aunque se sepa de ante mano que el mediodía, en tanto claridad plena de la jornada, es un instante fugaz que se perderá en su avance hacia el ocaso. Los planteamientos acerca de las encrucijadas que quieren penetrar los hombres también parecen ser fugaces, pues deben meditar a la base un determinado suelo temporal, sin que por ello se esfume la seriedad. Lo contrario es el dogmatismo, el cual, aunque aparezca dando muestras de gravedad y circunspección, oculta la necesidad de dominio. De igual modo, sería falso concluir que existiese la posibilidad, a partir de las líneas precedentes, de una invitación a un escepticismo o a la elaboración de juicios que manifestasen que cualquier argumentación puede ser aceptada. No. Esquivar tropezarse con la piedra del dogmatismo no es equivalente a “todo argumento es loable”, sino que la licitud de los razonamientos irá acompañada del crecimiento que produzca en el individuo y el que pueda producir en su comunidad, siempre y cuando ello se realice bajo una actitud ética, que es “aquella en la cual ese sujeto posee plena conciencia de sí mismo, a través de un proceso independiente de reflexión y juicio de cuanto hace...”.

Jorge Mallearel

Universidad Católica Argentina